# INCIDENTE SR. WAGNER




1020001608


CAPILLA ALFONSINA
UANL

ALGUNAS OBSERVACIONES

AL

# SR. WAGNER,

Ministro de Prusia en México,

A propósito de lo acaecido
con el Sr.

**DON IGNACIO ALTAMIRANO,**

POR

**Alfredo Chavero.**

**MEXICO, AGOSTO DE 1862.**



**TIP. DE NABOR CHAVEZ,**
*Calle de Cordobanes n. 8.*






**Con motivo del valiente folleto que dirigió á Mr. Wagner el C. Ignacio Manuel Altamirano, ha sido atacado éste alevosamente por dos oficiales de la Legacion Prusiana. El hecho ha sido narrado sin comentarios por el Sr. Altamirano, pues así lo exigia la delicadeza y la imparcialidad del caballero: á la amistad toca arrojar á la frente del enviado de Prusia toda la verdad, por amarga y triste que pueda parecer.**

**Con tal motivo tomo gustoso la pluma, para defender á un amigo, y para protestar á nombre de la Nacion contra las violencias de algunos estrangeros.**

**Hoy que la patria está amenazada de muerte; hoy que los ejércitos franceses se precipitan á vengar la derrota de Mayo, y tienen abiertas las puertas de nuestras playas, y tienen entre nosotros aliados mise-**

rables, que como venden á su patria venderian á su madre y á sus hijos; hoy que abandonados de todas las naciones amigas no nos quedan sino Dios y nuestro corazon, creo que es un deber noble y dulce de cumplir, arrancar la máscara con que hasta aquí se han cubierto varios estrangeros.

Antes de la independencia no habia sino criollos y españoles: víctimas y verdugos. Habia sido la primera vez que se sufriera el yugo estrangero; pero este sufrimiento duró tres siglos que habian cruzado llenos de martirios á la luz de las hogueras de la Inquisicion, que arrancaba á los aztecas sus dioses, sus glorias, sus monumentos, sus archivos, sus palacios, y hasta su ciencia y su dignidad de hombres, para darles en cambio por riquezas, por dinero, por palacios, por historia y por único porvenir, una existencia de hambre y de miserias.

Fué la primera vez que supo este país cuáles eran las grandezas que la Europa está siempre diciendo que verterá á manos llenas sobre los desgraciados pueblos sin civilizacion y sin cultura.

Este era un país sin luz, y España se la dió; pero esta luz era la de las hogueras de Torquemada.

La luz habia penetrado á éstas regiones; pero la nobleza, la dignidad y todas las grandes pasiones de los hombres habian desaparecido, y la independencia vino á sorprender á la nacion en el sopor del servilismo y la abyeccion.

Inmediatamente se abrieron nuestros puertos, y la vírgen México, ofreció á los estrangeros el oro de



sus minas, sus campos, el cultivo de las artes y de los oficios, y mas tarde la propiedad raíz, y todos los beneficios de los ciudadanos.

Era la diosa de la abundancia vertiendo oro sobre el primer recienvenido. A nadie se le preguntó quién era, qué traía: solamente se miraban llegar familias enteras desterradas de su patria por el hambre ó por la tiranía; se veian ojos con lágrimas, y ya era bastante título para esperar que se secasen. Pocos años despues los recien venidos eran ricos como los reyes de sus tierras.

Hasta aquí nada malo habia: quitarse el pan de la boca, y partirlo con el primero que pasa, ha sido siempre el placer de los mexicanos, porque nosotros que no buscamos la gloria del esterminio y de la muerte, somos felices cuando salvajes ejercemos la caridad con los hombres de la civilizacion, y nos parece mas bello hacer que decir el evangelio.

Pero empezaron las reclamaciones, y justo es que diga yo algo sobre este escándalo diplomático.

Cuando un pobre diablo cualquiera no sabe trabajar, espera con paciencia, ó busca por medio de conspiraciones ó de escándalos, que la policía se fije en él, y lo destierre ó aprisione. Cualquiera creeria que éste individuo debia recibir un castigo, y un castigo fuerte, pues el estrangero que va á turbar la tranquilidad de una nacion que le da el pan que come, es un criminal, que en todas partes se castiga con el mas grande rigor de las leyes; pero quien así pensara se equivoca, pues entre nosotros el bandido pide á poco

tiempo una indemnizacion porque se le castigó dulcemente, y su ministro y su país lo apoyan, porque somos una nacion débil, y ha sido siempre propio de los cobardes doblar la frente ante los fuertes y erguirla ante los pequeños.

Si en alguna conmocion popular ó por cualquiera otra circunstancia sufre algun daño el estrangero, no solo goza todos los derechos de los ciudadanos, sino que ademas se le debe dar una indemnizacion, porque es necesario que la nacion que ha sido para ellos un hospicio de pobres cuando llegaron mendigos, sea cuando han llegado á su opulencia, una casa de seguros.

Y hemos visto el escándalo increible de que los estrangeros que en todas partes y muy naturalmente, ni siquiera gozan todos los derechos de los ciudadanos, aquí se eximen de todos los cargos; rehusan pagar las contribuciones, y exijen al Gobierno la reparacion de los males necesarios que soportan.

Vimos una escuadra venir á exigir el pago de unos pasteles!!

Pero nosotros con un espíritu conciliador de paz y de amistad pasábamos por todo, y los estrangeros insolentados creíanse nuestros señores, y sus ministros los árbitros de los destinos del país: ellos tomaban parte en nuestras discusiones políticas, y como los dioses de Homero ayudaban en las victorias á los contendientes; servian de refugio á los criminales, y no desdeñaban el papel de espías: todo lo hacian si se les pagaba bien.



Un ministro como el Sr. Wyke llegó á parecer un milagro.

Tal era nuestro estado cuando aparecieron las primeras nubes en el cielo de la Legacion Prusiana.

El Sr. ministro de Prusia antes de la invasion casi era desconocido. Cuando se preguntaba por él, se contestaba: es un señor amable que dió un espléndido baile: tuvo el gusto de convertir su pequeña casa en un eden de luz y de placeres; nuestras bellas mexicanas tuvieron la amabilidad de deslumbrar en su fiesta, y debe estar agradecido hácia un país que tan bien trata á los súbditos prusianos, y que con tales muestras lo ha acojido con motivo de su elegante Soirée.

Pasado el tiempo aun el baile se olvidó, y solamente los paseadores de la Alameda podian verlo, que del brazo de Mr. de Saligny, de ilustre fama, cruzaba bajo la bóveda de esmeralda de los fresnos.

La compañía era mala; pero talvez compromisos diplomáticos, la etiqueta, ó cualquiera otra causa lo hacian mostrar tan á las claras su buena amistad con un ministro que tan patentemente se nos mostraba hostil.

Porque no se podia esperar ningun mal del Sr. Wagner, puesto que no tenia sino motivos de gratitud para México, y ninguna causa política que lo hiciera trabajar en contra de este país. Nuestras relaciones con Prusia son muy insignificantes, y solo quedaba á nuestro ministro hacer bien á un país desgraciado, que es la política de los corazones que laten en los pechos

de los Sres. Prim y Wyke, que es la política de la humanidad, la política de las almas grandes.

Pero mas tarde y á causa del paseo que en la plaza se pone en los primeros dias de Noviembre, vimos al Sr. Wagner departiendo amistosamente con el Sr. Saligny que embriagado ó nó, habia lanzado alguna injuria á una de las señoras que en el salon estaban.

El Sr. Saligny se habia portado como un hombre poco galante y como un cobarde, pues tal es quien insulta á una señora.

Ningun mexicano hubiera acompañado en ese feo paso al ministro francés, ni hubiera seguido sonriendo con él en público despues de tan desagradable lance, porque hubiera parecido cómplice de esa poca decencia y de esa mucha cobardía. Pero tal vez piensa de otro modo el Sr. Ministro, no vaciló un momento en seguir en su compañía

Entonces nos empezamos á fijar en él, y él se encargó de que no lo olvidáramos haciendo caer dia á dia una lluvia de notas quejosas 'sobre el Ministerio de Relaciones.

No necesito enumerar las reclamaciones injustas que repetidamente se dirigian á nuestro Gobierno por el Sr. Wagner, porque nadie ignora con que teson este señor procuraba molestar, y en momentos que eran ya de angustia para la nacion, pues la invasion habia colocado ya su planta en nuestras playas.

En lugar de mediar como lo hacen los ministros caballerosos y amigos, heria al Gobierno con piquetes de alfiler, ya que de otra manera no podia hacer-



lo el Sr. Ministro que con complacencia daba en su casa refugio á los enemigos mas encarnizados de nuestra independencia y de nuestra libertad. Y que no nos diga el diplomático sagaz que estaba en su derecho para cubrir con su pabellon á los desgraciados; que no nos cite los ejemplos mil y mil veces repetidos en todas las naciones, de ministros pue salvaban á infelices que, á causa solamente de opiniones políticas, no tenian otra perspectiva que el suplicio, porque entre semejantes ministros y el Sr. Wagner no hay un solo punto de comparacion: los primeros, obrando guiados por la humanidad, lograron arrancar algunas víctimas inocentes de sus hermanos fratricidas, y algunas manchas de sangre del libro de la historia de los pueblos; mientras que el Sr. Wagner encubria á los que el sabia que trabajaban por la traicion á su patria. Y que se atreva á dirigir un mentis al ministro Billault que es quien ha hecho la revelacion de que los hombres de la administracion pasada, que eran los que escondia Mr. Wagner, eran los que en sus diversas administraciones habian pedido como la única tabla de salvacion la intervencion armada de la Francia. Pero si tan respetable autoridad, como el ministro sin cartera, no le parece bastante prueba al Sr. Wagner aun le daremos otra. El Sr. Wagner ha acogido en su casa á alguno que ha sido fusilado por traidor.

A semejantes hechos no hay contestacion posible.

Pero volviendo á las reclamaciones, citaremos como ejemplo dos solamente.

El Sr. Wagner ha dirigido una nota á nuestro Gobierno en que se quejaba de que las calles no tenian bastante luz; qe habia necesitado, por esta causa, de que su criado lo acompañara guiándolo con su farol por la calle de Ortega, y se queja tambien de que estaba la calle tan sola que un hombre que se acercó á pedirle la lumbre, pudo haberlo asesinado.

Sr. Ministro ¿tendria V. la bondad de decirnos de cual fuente del derecho de gentes ha sacado V. la obligacion que tienen los paises de alumbrar espléndidamente las calles por donde pasan los ministros estrangeros? ¿Acaso de la recta razon? ¿Acaso de los tratados? ¿Acaso del uso comun á los pueblos civilizados? Acaso de las ordenanzas? ¿Acaso de las sentencias de los tribunales, de las comisiones mistas ó de la opinion de los mejores autores? Yo no conozco otra fuente del derecho de gentes, y desafio á todos los ministros de Prusia á que saquen de estas, la obligacion que tienen las naciones de alumbrar con gaz las calles de la ciudad.

El Sr. Ministro se mostraba en esto ya no solo malévolo, sino aun ignorante: lo cual las mas veces trae el ridículo.

Y en cuanto á la soledad de la calle ¿que quiere el Sr. Wagner que los ciudadanos de dia y de noche anden en la calle para que no se encuentre solo, y vaya á pedirle la lumbre un hombre que en esa soledad pudo matarlo? Hay cosas que no tienen otra contestacion que la risa.

Y que, Sr. Wagner, un hombre que pudo mataros,





y no lo hizo ¿no os prueba que era mas honrado que, el que se atrevió á sospechar de él?

Segun el Sr. Wagner nunca pudo tener ministros estrangeros en su seno la Francia de hace siglos puesto que entonces tenian los reyes mismos que fortificarse en los palacios de Paris para que no los robaran, y no habia alumbrado espléndido, ni siquiera cómodas banquetas, y sin embargo la historia que ha conservado todas estas noticias, no cuenta que los ministros estrangeros hicieran reclamaciones, porque aquellos eran tiempos afortunados en qne se ahorcaba á los mismos enviados de la corte de Aviñon.

Es una lastima, Sr. Wagner, que la historia se una á la razon y á la justicia para burlarse de vuestras reclamaciones.

La otra reclamacion de que hablamos, se redujo á intentar que los súbditos prusianos quedaran libres del pago de la contribucion de dos por ciento.

A esto se contestó al Sr. Ministro diciéndole: que los estrangeros tenian las puertas abiertas para irse siempre que les pareciesen gravosas las leyes del país, y á tan rudo golpe se añadió la nota atenta y estudiada del Sr. Corwin en que confesaba que no consideraba á los ciudadanos de la América del Norte exentos del pago de esa contribucion.

Despues se siguieron los acontecimientos que todo el mundo sabe; se rompieron los pactos de la Soledad, y reembarcadas las tropas españolas é inglesas, marcharon los franceses sobre Puebla, y allí hallaron un ejército de ciudadanos libres, y su bandera huyó en

alas de sus águilas heridas ante un puñado de soldados reclutas; pero veteranos ciudadanos.

Despues vino el descalabro de Barranca Seca y la desgracia del cerro del Borrego, y el público que habia ya notado con disgusto que de la Legacion de Prusia salian algunas malas noticias, advirtió que éstas salieron tambien de allí, y que habia algo de regocijo al referirlas.

Pero pronto supimos por boca del Ministro Billault que un ministro amigo (el Sr. Wagner) hacia saber al Emperador que la idea monárquica dominaba en este país, en que dia á dia se cometen violencias, robos y asesinatos de estrangeros.

El Sr. Altamirano y el Sr. Iglesias han contestado ya en dos folletos, diciendo al calumniador: "señalad los hechos, probadlos, enumeradlos siquiera, ó mentís!!

Palabras duras, es verdad; pero dignas y merecidas, porque es fácil calumniar; pero es difícil probar la calumnia.

Vd. ha visto, Sr. Ministro, que los estrangeros que vienen á este país, son tratados con prodigalidad, y que basta ser estrangero para obtener toda clase de consideraciones; Vd. lo ve diariamente en la persona del Sr. Jecker que es un escándalo que aun no haya sido ahorcado; Vd. ha visto que al presentarse los aliados y ocupar nuestro territorio sin una declaracion de guerra, como solamente lo hacen los piratas, nosotros hemos seguido tratando á los franceses como á hermanos, y toda la prensa se ha esforzado en separar de ellos una mancha que se hacia caer sobre el



Emperador para que no cayera sobre la Francia; Vd. ha visto que ocupadas alevosamente nuestras villas, no hemos arrancado de nuestro territorio, como hubiéramos debido, á los súbditos de Napoleon, sino que al contrario, en esos mismos dias se les veia en las oficinas arreglando sus negocios, y eran atendidos como los mismos mexicanos; Vd. ha visto, en fin, señor, que cuando las legiones del imperio mordian el polvo en Puebla, todos los mexicanos locos de ventura querian solemnizar tan fausto acontecimiento, y que nada se hizo para que no pudieran padecer algo los estrangeros. Todo les sacrificábamos: desde nuestras riquezas hasta nuestra gloria. Vd. lo veia, y á pesar de todo, el Ministro de Prusia que sabia cuanto pesaba en la balanza de los acontecimientos su informacion, á causa del carácter que tiene, no dudó en sacrificar á una nacion que ningun mal le ha hecho en aras de quién sabe que demonio que lo inspira.

¿Es esto noble? ¿es esto siquiera decente?

No debia ser esta la última mancha que sobre la legacion cayera. Ya todos saben que cuatro individuos fueron en cuadrilla, como van los bandidos á asaltar al Sr. Altamirano, y que dos lo atacaron cobardemente con la intencion de marcarlo con la arma prohibida que llevaba uno.

Afortunadamente no lograron su objeto; pero un criado de la casa está mortalmente herido y por detras, por el Secretario de dicha Legacion.

Hablaré claramente: á nombre de la patria y tal vez en sus instantes de agonía, pido que los france-

ses que todo han recibido de nosotros, que no han tenido en su seno sino muy pocos individuos que se atrevan á desmentir á los que los pintan asesinados, y como en una selva de bandidos; que diariamente dan noticias y auxilios al invasor, y que no nos hagamos ilusiones sonrien ya y descaradamente á nuestra perdicion, sean espulsados del país: nos autoriza á ello su conducta ingrata, y la política de traicion y felonía que su nacion ha seguido con nosotros.

En cuanto al Ministro de Prusia, que se le den sus pasaportes. La dignidad de la nacion lo exige. Su parcialidad en contra nuestra nos obliga á ello; no hacerlo seria una debilidad y una cobardía: seria mas, seria una infamia soportar una legacion que no ha temido mancharse con un conato de homicidio.

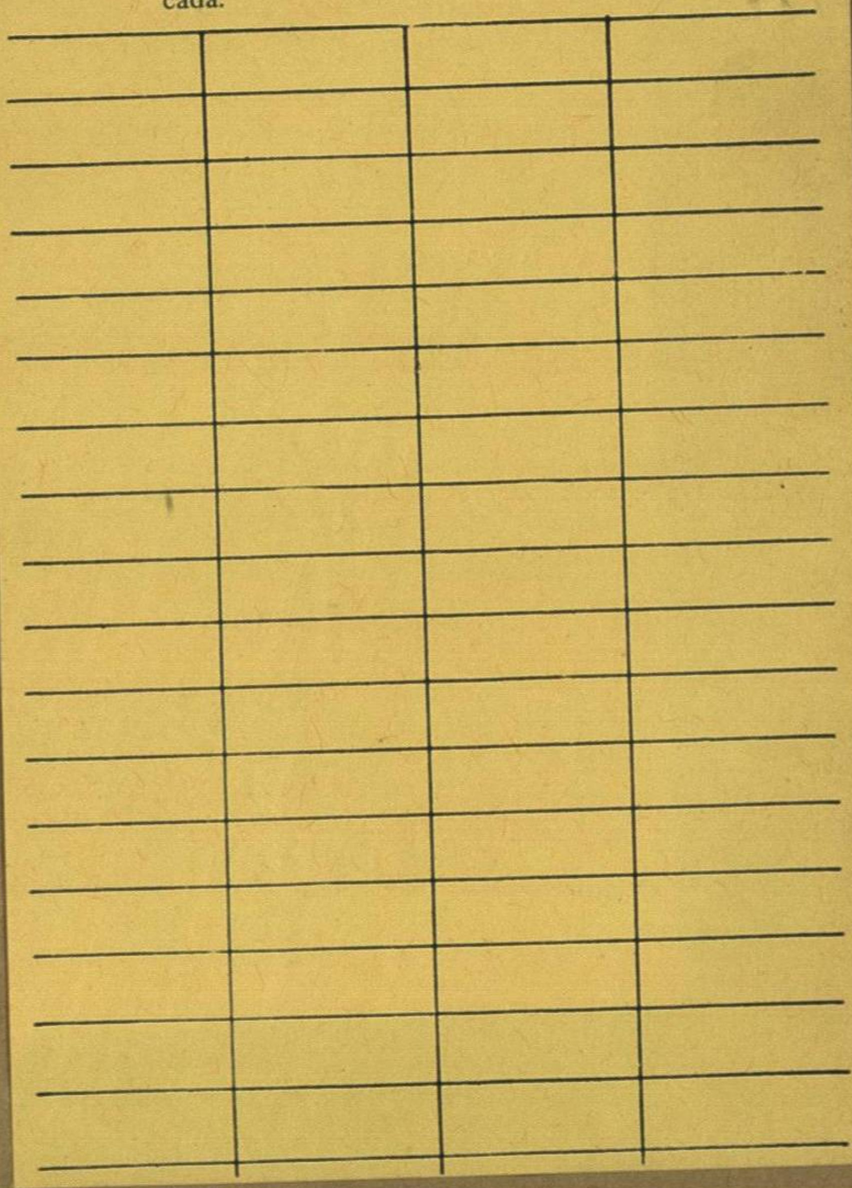
Advertimos que no hablamos de los colonos franceses pacíficos y laboriosos que se hayan portado bien, ni de ningun otro estrangero que se encuentre en igual caso.

Que el Gobierno cuente con toda la juventud: todos estamos prontos á afrontar las consecuencias de esa medida: solamente pedimos ser las primeras víctimas Ignacio Altamirano y yo.

Concluiré preguntando al Sr. Wagner: ¿quiénes son los asesinos, los mexicanos ó los que cubiertos tras una legacion, van dos contra uno á pretender llevar á cabo un homicidio?

*Alfredo Chavero.*


CAPILLA ALFONSINA
UANL




106